

DON ROBERTO,

PARROCO DE RENTERIA



JOSEBA M. GOÑI GALARRAGA

LOS límites muy apretados de la revista Oarso no permiten otra cosa que dejar constancia obligada en sus páginas de la triste y emotiva desaparición dentro del año 1987 de quien durante casi medio siglo (1941-1987) encarnó con su sólida y corpulenta figura el título de «párroco de Rentería», licencia literaria y jurídica admitida por quienes de sobra sabían que Don Roberto ya había dejado de ser «su» párroco como convenía a un octogenario jubilado y que en Rentería había, además de la parroquia matriz, otras ocho parroquias (sin contar los templos anejos) con otros tantos párrocos con derecho a ostentar semejante título; pero el servicio sacerdotal y la dirección cristiana de Rentería se habían identificado durante tantos años de tal modo con la vida de una personalidad tan irrepetible como la de Don Roberto que, unos por inercia y otros por cariño cómplice, preferían caer en la deliberada incorrección de seguir llamándole «el párroco de Rentería».

Estas líneas tan sólo pretenden introducir a la lectura de los tres escritos que le siguen, debidos a plumas de otros tantos amigos entrañables de Don Roberto, transidos de admiración y de cariño por él; Don José Miguel, el viejo patriarca de la cultura vasca—ja quince meses del centenario!—ha acudido a nuestra llamada con la prontitud juvenil y la disponibilidad gozosa de rendir un homenaje al amigo de quien lo único que lamenta es no haber podido compartir con él más que una cita anual, muchos años repetida, en el santuario de San Miguel de Aralar; el sobrino de éste, Don Felipe tras un periplo vital por varios países, refugiado ahora en su madurez, todavía tan provechosa, en el rincón pasaitarra de San Juan, evoca la recia personalidad de quien como párroco suyo marcó profundamente su vida sacerdotal; en fin, Eugenio Royo, uno de los militantes obreros cristianos más brillantes cuajados a la sombra de Don Roberto, ausente para pena de muchos de Rentería, a pesar del peso de sus actuales responsabilidades en la Comunidad Autónoma de Madrid, no ha dudado en sumarse a este sencillo pliego.

Estos tres testimonios avalan, creemos, en un conjunto que sin duda hubiera podido ser mucho más amplio y variado, uno de los rasgos más característicos de la personalidad de Don Roberto: su capacidad de penetrar en la interioridad de los espíritus, de marcar con la impronta de su fuerza interior (perspicacia realista, sentido común, idealismo y afecto solidario) al interlocutor que por razones de trabajo común, por haber sido solicitada su orientación y consejo o, por simple avatar de la vida, se hubiera acercado de forma individualizada a él. La palabra mágica que explica la personalidad de Don Roberto es la palabra «amistad» que para él tenía una densidad de significación casi inexplicable para quien no la hubiese compartido y desde luego inimaginable para una sociedad como la actual cada día más burocratizada e insolidaria.

Pero Don Roberto era además sacerdote; mejor dicho, no sólo sacerdote (gestor de lo sacro), sino «**pastor que guía a sus ovejas**»; la conciencia interiorizada de su tremenda responsabilidad en la tarea de ser el guía espiritual de los a él encomendados, hacía todo lo demás... incluso los errores y excesos de su fortísimo temperamento.

Cada profesión crea sus propias inercias y manías; obligado cada día en mis tareas de profesor de historia a periodizar las épocas y a situar en perspectiva los acontecimientos y las personas, alguna vez he ensayado y ensoñado con una cabal periodización, siquiera provisional, de los casi cuarenta años (1941-1979, año de su jubilación) de pastoreo de Don Roberto en su parroquia al hilo de las traumáticas transformaciones de Rentería a lo largo de estos años:

Década de los cuarenta

La restauración religiosa de la postguerra. En aquellos años durísimos en el orden material para todos y en el orden moral particularmente para la tradición política de los vencidos en la Guerra Civil, la parroquia y sus sacerdotes no sólo en el orden espiritual, como tan bien lo describe el artículo de Don Felipe Barandiarán más abajo, sino en el orden meramente humano, la parroquia y sus sacerdotes, repito, fueron quizá el único elemento de dinamismo y de esperanza en la vida del pueblo. Rentería se armó de fuerza interior, inició la preparación de una juventud provechosa, responsable y creativa, aún contando con la escasez de medios humanos y técnicos de la época. Se cumplía así, una vez más en la historia, ese papel que la Iglesia institucional ha realizado tantas veces efectuando trabajos de suplencia al cubrir lagunas dejadas por la sociedad civil y la administración pública del Estado.

Década de los cincuenta

¿Nos será permitido calificarla como la época más feliz de Rentería en lo que va de siglo? Por supuesto que ciertas carencias de entonces en cultura y servicios no admiten comparación con lo de ahora y el veredicto le es muy desfavorable en el pasado; no obstante, con todo lo que de subjetivo tiene nuestra inicial apreciación, es evidente el salto cualitativo a mejor de nuestro pueblo: desaparece el hambre, la actividad industrial y comercial se normalizan, abunda el trabajo; en suma, se hace palpable una cierta prosperidad, logrando el pueblo un cierto equilibrio social sin que su dimensión demográfica le impida todavía mantener los rasgos de comunidad humana como pueblo.

Para la Iglesia local fueron los años del lanzamiento de la Acción Católica especializada—para distinguirla de la general más masificada—que tratándose de un pueblo eminentemente obrero y que todavía ostentaba con orgullo su carácter



de polo industrial, estas nuevas organizaciones de cristianos militantes no podían ser sino la JOC, JOCF, HOAC, etc..., es decir, la Acción Católica obrera con sus diversas ramas masculina y femenina de jóvenes y adultos. Para Don Roberto y otros sacerdotes, estas organizaciones apostólicas fueron seguramente las que exigieron atención más esmerada, más entrega y corazón y hasta cierto punto un compromiso político en la medida en que dichas realidades, aunque importadas de otros países católicos de Europa, aquí, en el ambiente represivo, acomplejado y enteco de la vida pública de entonces, provocaban sospechas infundadas y dificultades políticas casi permanentes. Don Roberto, por el respeto que inspiraba a los de arriba y a los de abajo, fue techo protector y colchón lenificante de multitud de escaramuzas superadas por el arte de su prudente diplomacia.

Década de los sesenta

El idilio renteriano como pueblo no fue demasiado largo; ¿fue acaso víctima de su propio éxito?; el hecho es que parecía que todo el mundo quisiese vivir en Rentería..., la avalancha inmigratoria sin control ni planificación alguna se hace incontenible, afectando gravemente a los equilibrios humanos y sociales antes descritos; el renteriano de a pié a lo mejor asistió a este espectacular crecimiento demográfico con ingenuo orgullo, pero, lo que fue muy grave, sus rectores municipales y dirigentes sociales dejaron hacer en la más olímpica inconsciencia, incapaces de definir la vocación de Rentería y programar para ella un destino y futuro más saludable y humano.

A Don Roberto, estas nuevas realidades le obligaron a plantearse la necesidad de nuevas parroquias, primero para planificarlas en espera de su progresiva constitución; se introdujo en el tema con su habitual seriedad pero más por obligación que por gusto. En el trajín de oficinas, delegaciones y estudios técnicos, fue descubriendo el marasmo de volúmenes de edificabilidad absurdos, de concesiones de construcción arbitrarias y de planes de urbanización inoperantes, pocas veces ejecutados y en muchos casos saltados a la torea, todo ello en un clima que provocaron en él arrebatos de ira auténticamente bíblicos. Nadie seguramente más que él y antes que él en Rentería clamó—inerme e impotente—contra todo aquello y advirtió del desastre que un día no lejano se abatiría sobre un pueblo con barriadas sin servicios, con laderas montañosas pobladas de torres sin ton

ni son, es decir, sin fábricas y centros de trabajo adyacentes que justificaran semejantes colmenas... Nunca como entonces Don Roberto hizo gala de un «renterianismo» más auténtico y apasionado aunque lo fuera en contra de bastantes renterianos.

En la misma década de los sesenta tuvo lugar el Concilio Vaticano II, acontecimiento mayor en la vida de la Iglesia de este siglo; pueden imaginarse los lectores la avidez y el interés que puso Don Roberto en su seguimiento, primero, como acontecimiento todavía lejano y, muy pronto, como realidad aplicada a la vida espiritual de su parroquia. Pero al «Pentecostés» eclesial de los años 1962-65, según es sabido de todos, siguió de forma inesperada y sin duda misteriosa una formidable crisis intraeclesial: en las organizaciones apostólicas laicales, en los Seminarios y hasta dentro de la propia familia clerical. Don Roberto, sacerdote de prestigio en la diócesis, si lo había, fue solicitado por unos y otros para prestar su ayuda; a sus años, más como consejero que como ejecutor de nuevas responsabilidades, hasta convertirse en asesor de obispos y en una voz buscada y atentamente escuchada hasta por dos Nuncios Apostólicos de Su Santidad que en alguna ocasión no dudaron en acercarse a su casa de Rentería a dialogar con un auténtico experto en cuestiones relacionadas con la Iglesia vasca. Tiempo habrá para escribir esta página de la vida de Don Roberto, en los años en que adquirió una dimensión real importante, más allá de los límites de Rentería.

Década de los setenta

«Cuando suene el cohete de las libertades entre nosotros ...», solía decir con socarronería y humor Don Roberto bastantes años antes del fin del franquismo. Así pues, llegó la suspirada transición política; entre nosotros, más seguida que precedida por el terrorismo y la cotidiana algarada callejera como estrategias de lucha política. Rentería llegaba a la importante cifra de apertura democrática en condiciones objetivas suficientemente inquietantes, sobre todo si los ojeadores de ensayos revolucionarios la elegían como laboratorio de experimentación y de agudización de todas las contradicciones amalgamadas a lo largo de los años en la sociedad vasca. Y desgraciadamente todo indica que la eligieron y ivaya si la eligieron! aunque de verdad, todo bien pensado, la elección del blanco no es que resultara una fascinante genialidad.

Sin embargo algo de todo lo sucedido en estos años se hubiera podido evitar—en rigor casi todo—si en este fenómeno no hubiera mediado la colaboración entusiasta de muchos renterianos—acláremoslo—de renterianos nada sospechosos, de renterianos de toda la vida, al parecer, ufanos de poner en almoneda a su pueblo con tal de que la prensa local, española e internacional nos considerara como «el ojo del huracán» u «ombligo de la revolución», denominaciones ambas, a la carta, a gusto del consumidor. Y en ello seguimos; alguien dirá que la situación parece empezar a evolucionar...; nosotros estamos convencidos de que lavar la imagen pública de Rentería será labor callada de muchos años; en rigor, de una nueva joven generación, sin duda la principal víctima del actual desaguisado, y ello si tiene la gallardía y grandeza de espíritu de escapar a la tentación de huida hacia delante, tan bien caracterizado en el actual dicho popular, con sabor de humor negro, de que los actuales renterianos se dividen en dos clases: «**los que se han marchado y los que se marcharían si pudieran**».

¿Y que tiene que ver todo esto con Don Roberto? La difícil década de los setenta, nuestro párroco la vivió, en realidad, bastante mermado en sus facultades, sobre todo, a causa de la formidable sordera que tanto dificultaba la comunicación con él; pero sería falso suponerlo por esa limitación física ajeno a las realidades, como si rehuyera mirar de frente a la doble crisis de tantos cristianos vascos y, naturalmente, entre ellos a tantos feligreses y amigos suyos: la fascinación por la violencia y el abandono de la práctica religiosa. Don Roberto—sería ridículo y hasta ofensivo para él negarlo—acusó, qué duda cabe, con gran dolor la quiebra moral de tantas conciencias en el respeto a la vida y el alejamiento de las fuentes de vida cristiana de tantos cristianos viejos, de cristianos de toda la vida; pero, también en este caso, abordó el problema con gran entereza.

En el caso del rechazo del terrorismo, él, clarividente como el que más, ya había liquidado sus cuentas con el tema, allá en los años sesenta, al surgir las primeras salpicaduras, enfrentándose crudamente con clérigos «**progres**» de entonces que coqueteaban con distingüos y requiebros dialécticos. En la crisis de la práctica religiosa de tantos creyentes su sorpresa, a mi juicio, no creo que fuera tanta y luchó porque otros clérigos no cayésemos en el desaliento; realista como era, mantuvo siempre dudas más que razonables sobre la autenticidad cristiana de muchos de los floripondias de los años triunfalistas precedentes y por ello mismo, ahora, no necesitaba descender de las nubes. Sabía que la fidelidad al seguimiento de Cristo y a las enseñanzas de la Iglesia era difícil y sobre todo que requiere atención y cultivo permanentes; por eso, el fenómeno de la reciente descristianización se esforzaba en leerlo y situarlo en la dramática historia de la lucha entre el bien y el mal, tal como nos lo enseña el Evangelio.

Década de los ochenta

Sin duda, década inconclusa para Don Roberto pues nos abandonaba en 1987; todos los años comprendidos en este

ciclo pertenecen a su etapa de una bien ganada jubilación, que la aceptó en el último plazo de los previstos, es decir, a los 75 años. En junio de 1979 con ocasión del jubileo de sus 50 años de sacerdocio lo homenajeamos en un acto sencillo y exclusivamente religioso, tal como él quiso. Aquella liturgia eucarística estuvo presidida por el sentimiento de una doble gratitud: gracias de Don Roberto a Dios por los beneficios recibidos y gracias por parte nuestra a Dios y a Don Roberto; gracias a Dios por habernos puesto en la ruta de la vida a Don Roberto.

Sus años de jubilado fueron felices en verdad. Hizo frente a varias estancias en clínicas y en operaciones no de gran vergadura con la entereza y serenidad que en él se podía suponer; no se aburría en su ancianidad hasta los últimos meses en que tuvo los primeros síntomas de que la vista cedía definitivamente; apasionado lector, seleccionaba lo que de verdad tuviera un interés prioritario para él, pero sin olvidar el repaso cotidiano de la prensa. Amaba la vida y a sus amigos; no tenía por supuesto ninguna prisa para marcharse ni para desligarse del grupo de amigos sacerdotes con quienes en tantos años compartió vacaciones y viajes turísticos.

En el incómodo pueblo de Rentería, Don Roberto terminó por sentirse como en su propia casa. Contaba él que, tras la jubilación, al encontrarse en San Sebastián con viejos amigos, incluso renterianos que ya habían ahuecado el ala, le requerían casi a modo de reproche: «**Pero Don Roberto, ¿cómo puede Vd. seguir viviendo en Rentería?**». Para él la cuestión apenas si tenía sentido; ¿no gozaba él de una sordera providencial que le mantenía alejado del negro floklore cotidiano de las manifestaciones callejeras?; pero, sobre todo, aquí tenía a sus amigos, su iglesia, su casa; casa que, según avanzaba la decadencia física, se fue convirtiendo en capilla, adornada de fotografías de los últimos Papas a quienes tanto amó, porque representaban la institución más noble de la Iglesia.

Don Roberto en sus años de jubilado rezó mucho; aligerado de otras preocupaciones, se sumergió en una vida de prolongada oración, coherente y serio con lo que había enseñado que era en lo que había creído. Jamás se perdonó a sí mismo el rezo del Breviario y la celebración de la misa cotidiana; con esas cosas no se jugaba, como tampoco con la confesión frecuente—individual por supuesto—cada quince días en los PP. Carmelitas de Amara a donde acudía en el Topo con su carnet de animoso jubilado; tres días antes de morir realizaba su último viaje a cumplir tan gozoso requisito.

Las estribaciones de la sierra de Aralar habrán producido a lo largo de los siglos muchos gallardos y nobles robles; sólo en su flanco ataurarra a la vista están personalidades como la del maestro Barandiarán; pero Don Roberto de Aguirre no le va en zaga y tiempo costará, seguramente, para que surja un roble de la reciedumbre, entereza y nobleza como este retoño del caserío «Iztator zarra» que cayó abatido en Rentería, el 10 de septiembre de 1987, para gloria de Dios y bien de su Iglesia peregrina.